

RETAZOS DE NUESTRA HISTORIA: TRES TESTIGOS DE EXCEPCIÓN RELATAN LA TOMA DE VIGO POR LOS FRANCESES, AÑO 1809

José Moreira Pumar

Cualquier tiempo pasado fue peor

Año 1809: Situación política.

Hace casi un año que las huestes de Napoleón pretenden apoderarse de la Península Ibérica y sus tropas, en persecución de las inglesas, (en este momento por muy extraño que parezca eran nuestros aliados) inician su retirada del interior de España en dirección al puerto de Coruña donde pretendían embarcar, pero los navíos no están, tardarán dos días en llegar.

En un pueblo próximo a Coruña, las tropas inglesas mientras tanto se fortifican y rechazan a los franceses en la batalla de Elviña en la que perdió la vida John Moore. El día 17 de enero, consiguen embarcar las tropas rumbo a Inglaterra y los franceses en un avance imparable hacia el sur, van tomando las principales poblaciones gallegas. De esta suerte los franceses toman posesión de Galicia. Expuesta así a grandes rasgos la situación de la Guerra, pocos días antes de ser conquistada la ciudad de Vigo por las tropas francesas, tres marineros costarricenses que habían arribado a este puerto con productos ultramarinos, se ven arrastrados a una curiosa aventura. Los tres navegantes fueron testigos involuntarios de lo que sucedía en aquel Vigo tomado por las tropas francesas desde hacía pocos días.

Los costarricenses nos contarán, de primera mano, aquellos tormentosos días que precedieron a su rendición así como la circunstancia del mal tiempo reinante, un tiempo borrascoso y desapacible, acompañado siempre de fuertes vientos y lluvias pertinaces que sirvieron de fondo a aquel episodio militar.

He aquí su testimonio, tal como lo vivieron y contaron aquellos agitados días.

Aquel 18 de febrero de 1809, Claudio Pastorel, primer piloto y sobrecargo de la goleta Santa Ana, el contra maestre Esteban Gracián y el marinero Francisco Presrichy los dos primeros con sus petates al hombro, el último únicamente con lo puesto, se encuentran perdidos y desorientados en un Vigo alterado y revuelto, por haber sido tomada la ciudad por las tropas napoleónicas desde el 31 de Enero. Los tres determinan dirigirse ante el notario don Nicolás Santiago Caneda encargado de los asuntos de Marina de Vigo para denunciar su desvalida situación.

Declaran que habían partido de la isla de Puerto Rico en la goleta Santa Ana a mediados de junio de 1808 con cargamento de café con destino al mercado de Vigo y otros puertos de la costa española. Tras algo más de dos meses de navegación atlántica, recalán en el puerto de Vigo donde venden parte de la mercancía y no pudiendo despachar todo el café salieron en busca de otros mercados eligiendo en esta ocasión el puerto de La Coruña.

A los pocos días, se da por vendida la mercancía y deciden retomar a Puerto Rico el día 13 de Enero llevando de regreso carga de sardina salada con destino a los puertos de Canarias, La Habana y Puerto Rico donde debían rendir viaje.

Rumbo a las Canarias, el mal tiempo reinante les obliga a buscar refugio en nuestra Ría de Vigo debiendo permanecer fondeados durante unos días en el puerto. Cuentan que estando a la espera vieron como los días 23 y 24 de enero en este puerto se formó un gran tumulto de gentes en que la anarquía y el revuelo vecinal parecía haberse apoderado de la ciudad de Vigo de cuyas resultas quitaron el mando al Comandante de Armas y a la Justicia ordinaria nombrando la vecindad a otros para gobernar.

La revuelta de los vigueses obedecía a que corrían alarmantes noticias de que los franceses se acercaban peligrosamente a la ciudad y aquí querían por encima de todo defenderse hasta la muerte pues se decía que los franceses estaban ya en Pontevedra, y como las autoridades nada hacían para evitarlo fue necesario en un gesto patriótico destituirlos.

Relatan que las nuevas autoridades se apresuran a organizar la defensa de la Villa, pero son conscientes que faltan muchos efectivos en hombres y armamento para impedirlo. De todos modos pueblo y autoridades se ponen manos a la obra y entre las medidas adoptadas fue embargar todas las embarcaciones que en ese momento estuviesen surtas en este puerto al objeto de que sus dotaciones tomasen las armas para defender la Villa. Los organizadores de la resistencia desconfían que las embarcaciones pudieran huir amparándose en la oscuridad de la noche, por lo que dispusieron, como medida cautela, quitarles los timones al objeto de inutilizarlas.

En efecto, la mayoría de las tripulaciones no estaban por la lucha ni tampoco nuestros protagonistas y menos ante la posibilidad de morir por una guerra que no era la suya.

La fuga

Dispuestos a no intervenir en la defensa de Vigo, nuestros protagonistas pretenden fugarse aquel mismo día; esperaron a que se hiciese de noche para hacerse a la mar. Con mucha prudencia levantaron el ancla y con todo sigilo se hicieron a la vela en el mayor silencio pues tenían a bordo un práctico que también pretendía huir que les conduciría al puerto de Viana en Portugal.

Con la mayor de las discreciones -confiesa el contramaestre- aquella noche salimos a las 2 de la madrugada evitando siempre hacer cualquier ruido y con calma para evitar nos delatásemos y nos detuvieran, salieron del fondeadero con arreglo al plan previsto, navegaron rumbo a Portugal hasta divisar la entrada del puerto de Viana, pero el tiempo borrascoso les impidió entrar en puerto por lo que decidieron regresar de nuevo a las abrigadas aguas de estas rías, haciéndolo en esta ocasión en el puerto no en Vigo sino en la ensenada de Beluso que está a sotavento de las Islas Cíes.

Fondeados en Beluso

La goleta Santa Ana, siempre acompañada de viento duro y mar gruesa, se encontró con otras embarcaciones que habían huido de Vigo y prudentemente también habían buscado refugio y fondeadero en la rada de Beluso. Allí, por medio de los parroquianos le llegan informaciones y acontecimientos de la guerra y, en una de ellas, se enteran que el puerto de Vigo había caído en poder de las tropas francesas además de otras ciudades como La Coruña, Ferrol, Santiago e incluso Pontevedra.

Vivíamos estas noticias con el mayor recelo pues las voces que se corrían cuando íbamos a tierra eran que los franceses vendrían a este fondeadero de Beluso pues también habían tomado el puerto de Marín y cuanto más deseábamos vernos libres de los franceses para irnos a América,

con más fuerza se lo impedían los temporales al extremo de estar convencidos que las borrascas eran aliadas de los franceses.



Goleta de velacho ciñendo con viento flojo

Una vez más, por los vecinos de Beluso, tuvieron noticias ciertas que de Marín había salido una expedición formada por varias lanchas con soldados franceses para apresarse los buques fondeados en Beluso, pero los fuertes vientos, afortunadamente, se lo impidieron viéndose obligada la expedición a regresar a aquel puerto. Pero los franceses no estaban dispuestos a perder tan valioso botín. Las últimas noticias son que en el puerto de Bayona, a pocas leguas de Vigo, se estaba armando un buque corsario francés cuyo capitán y dotación habían salido ya del puerto de Vigo al objeto de apresarse los muchos barcos españoles y portugueses y otros países escondidos en Beluso y su presencia en esta ensenada sería el día 13 al 14 de este mes.

Ante tales desalentadoras noticias se imponía la urgente necesidad de hacerse a la vela, pero el mal tiempo, siempre pertinaz, les impide hacerlo. El capitán del Santa Ana y dotación estiman prudente que de llegar el buque corsario de Bayona cundiría el pánico entre la dotación y cada uno trataría de desembarcar como pudiera, pues son conscientes que la lancha del Santa Ana es demasiado pequeña, no admite más de cinco hombres, pensaron que lo mejor sería adelantarse y bajar a tierra algunos de nuestros enseres. El capitán aconsejó que el Piloto bajase a Beluso con su ropa y dinero para salvar al menos esto de manos de los corsarios y así se hizo. Una vez en tierra, se quedó de posada a pasar la noche en casa de un vecino. Al día siguiente, el capitán ordenó bajar a tierra al contraamaestre y el marinero Prescrichy con orden urgente de llevarlo todo a bordo de la goleta ya que era de pura necesidad hacerse a la mar sin demora aún desafiando al mal tiempo.

Abandonados en tierra

Los tres costarricenses siguen declarando ante el notario que a la mayor brevedad pusieron la ropa y un baúl sobre el carro que les había prestado el posadero y se dirigieron a la playa de Beluso donde les esperaba el bote que les conduciría de vuelta a la goleta. Por el camino, se encontraron con el contraamaestre que venía a darles prisa y recoger también sus enseres desembarcados el día anterior.

Ya en la playa, les esperaban en el bote, otros dos hombres. Enseguida comprendieron que era imposible subir todos y menos con el equipaje, resultaba demasiado pequeño. Hubo necesidad de dilatar la salida, tuvieron de buscar entre los vecinos les prestasen una lancha, que no pudieron conseguir. Se imponía, pues, la necesidad de hacer al menos dos viajes. Lo más prudente era enviar primero a dos hombres, Ramón López y Antonio el Portugués, al objeto de

avisar al capitán que les esperase y acercase más la goleta a tierra para no tener que hacer las bordadas tan largas.

Desde la orilla pudieron observar que la goleta tenía izada la vela con su foque mayor y en cuanto llegó el bote lo subieron a bordo y sin más, se hizo con él a la mar dejando a los que esperaban en la playa, desasistidos y abandonados.

Alrededor de las cuatro de la tarde de aquel mismo día llegó a la rada de Beluso el temido barco corsario francés. Según su testimonio, no era muy grande; su dotación solamente la componían 18 hombres armados únicamente de pistolas y sables. Su escasa capacidad ofensiva no les permitió capturar más que un bergantín y un diate ambos portugueses, respetando a los demás por ser españoles y algún extranjero. Los buques apresados fueron llevados al puerto de Marín.

Algo más tarde, pudieron comprobar que la goleta seguía sin poder remontar las Islas de Ons y el capitán como no era hombre muy de mar (por falta de su primer piloto) temiendo la llegada de la noche regresó para fondear de nuevo en Beluso y viendo los dos barcos que iban detenidos rumbo al puerto de Marín, temeroso de ser también uno de ellos, puso otra vez proa para fuera, tomó rizados y se largó sin venir a cogernos.

Al día siguiente, día 17, los tres hombres permanecieron en Beluso en la esperanza de que regresase la goleta a recogerlos. Calmó más el tiempo y vieron muy de mañana una goleta fondeada cerca de las Islas Ons que al poco se hacía de nuevo a la vela, pero sin poder reconocer si era la Santa Ana u otra catalana que también había salido junto con un bergantín de la misma rada de Beluso. Una hora más tarde entró en la ensenada de Beluso un navío corsario con bandera francesa y apresó a todos los buques portugueses respetando, una vez más, a los españoles que tenían sus banderas desplegadas así como a una fragata sueca que cargaba sardina salada de las fábricas catalanas de Beluso.

Con toda seguridad, el capitán de la Santa Ana debió divisar lejos, en el horizonte, la silueta del corsario y preso de pánico, calculó que no tendría tiempo suficiente a realizar los dos viajes a tierra, por lo que decidió izar velas y emprendió una precipitada huida sin esperar a sus tres hombres, salvando de este modo barco y cargamento.

Desconocemos a partir de ahora lo que sucedió a nuestros tres protagonistas víctimas una vez más de la Guerra. Con seguridad pensamos que no les sería fácil cruzar de nuevo el Atlántico para regresar a sus hogares al menos mientras durase la guerra.

Posiblemente el desenlace de esta historia se encuentre olvidado entre los legajos y documentos custodiados en los anaqueles de algún archivo histórico.

Post Data

Por ser tema de actualidad los cambios acelerados que actualmente se producen en la climatología actual, que si el efecto invernadero, la descongelación de los hielos en los Polos etc, etc. que tanto viene acaparando los medios de difusión y las estadísticas meteorológicas apenas nos permiten ir más atrás de los 150 años, sería aconsejable echar mano de la historia. Este período finisecular del siglo XVIII y primeros años del XIX, si nos atenemos a lo que nos muestran los documentos de la época, fueron de una climatología desastrosa donde los más viejos de la localidad no recordaban tiempos tan borrascosos.

Los parroquianos de Zamanes (Vigo) protestan ante las autoridades porque les obligan a que se repartan los 300 reales que cuesta reparar provisionalmente -sin ayuda de las demás

feligresías- el puente de madera que fuera arrastrado por las aguas del río Louro a consecuencia de la fuerte avenida en ese invierno de 1809.

En el invierno siguiente, sucede algo semejante: otras persistentes lluvias ocasionaron devastadoras inundaciones y sus fuertes corrientes de agua acabaron por derribar y destruir parte del puente de piedra medieval de La Ramallosa que une Santa Cristina con la carretera de Bayona. Las obras de reparación se acometieron dos años después en 1811.

Se sabe que la Revolución Francesa acaecida a finales del S. XVIII, tuvo su origen en unas malas cosechas agrícolas provocadas por un ¿pequeño cambio climático?

De fechas más recientes, en 1821 leemos el temporal fue fortísimo con grandes tronadas, parecía que el mar salía de su centro y terminó con soberbias inundaciones de los ríos. En la noche del día 11 al amanecer del 12 de noviembre fue tanto lo que llovió en esta ciudad (Tuy) y circunferencia como también en otras partes que parecía se inundaba toda la tierra y como más castigadas por el diluvio fueron las parroquias del Rosal, Loureza, Burgueira, Pinzás y Valle de Tebra llevándose las aguas el puente de Tamuge y otros más así como diferentes casas y molinos pereciendo varias personas y causando estragos incalculables.

Notas recogidas de los archivos de Francisco Avila y la Cueva (1788- 1859).

(Publicado en “Asociación del Santísimo Cristo del Consuelo”. Agosto, 2007. Cangas)